

PRISIONEROS DE COLOR

En esta sección *ISLAS* brinda a sus lectores el testimonio excepcional de las víctimas del sistema penitenciario de Cuba. Por estas páginas pasaron las historias de muchos afrodescendientes que han tenido que enfrentar el desprecio por la dignidad, la integridad humana y la justicia en el sistema carcelario cubano. Ahora se ofrecen, en la voz de sus protagonistas, nuevas particularidades y detalles de una tragedia que, tantas veces sumida en el silencio, ha marcado con dolor y trauma a miles de familias cubanas.

En el abismo del dolor IV

Guillermo Ordóñez Lizama
Periodista independiente
Secretario ejecutivo del *Observatorio Ciudadano
contra la Discriminación (OCD)*
La Habana, Cuba

La primavera de 1980 fue un momento trascendental y traumático para la sociedad cubana. Junto a la primera manifestación masiva de descontento y rechazo al régimen se hizo patente, una vez más, la capacidad de intolerancia e indolencia de las autoridades cubanas. En esa coyuntura de éxodo masivo y violación flagrante de la dignidad e integridad de los que demostraron su rechazo a la revolución, las prisiones cubanas fueron escenario de una espiral de atropellos y arbitrariedades sin precedentes.

Entre la soledad y el silencio, debatiéndose desde el miedo y lo tétrico de las sombras de esta prisión, ahí junto a nosotros también se encontraba reclusa nuestra esperanza. No hay datos. Ni nuestros propios verdugos pueden saber esa cifra, lo que sí es seguro es la cortina de silencio con que esconden los tristes y amargos pasajes que protagonizamos miles de hombres y mujeres forzados por la dirección de la revolución cubana a abandonar el país en 1980, arrancados de los camastros a la fuerza y de las calles a las cuales se ganaron el derecho de volver, después de cumplida la sanción que les impuso la sociedad por algún que otro error cometido.

En ese momento, amenazados con elevarles o imponerles una nueva sanción si no abandonaban la patria que los vio nacer, enrumbaron por la insegura vía del puerto del Mariel, en pequeñas embarcaciones sobrecargadas, que venían en pos de sus familiares y sus propietarios sufrieron el chantaje de tener que embarcar a cuantos cubanos se les ocurría a las autoridades, incluso enfermos mentales y reos de alta peligrosidad, tratados todos como escoria humana.

Los acontecimientos llegaban de manera confusa, por rumores, a nuestros oídos; escuchábamos a hurtadillas que varias embajadas habían sido tomadas a la fuerza por elementos contrarrevolucionarios y supimos que un militar (Pedro Luis Ortiz Cabrera) había fallecido en la sede diplomática de Perú, al irrumpir contra la pared un ómnibus de la ruta 79 que cubría de madrugada el tramo entre el municipio Playa y la barriada de Lawton (municipio Diez de Octubre). Nada de esto nos fue informado de modo oficial. Y sucedía de forma muy extraña dentro de la prisión de La Cabaña, que a las puertas de las galeras se acercaban militares con listados para preguntarnos quienes estábamos dispuestos a cumplir misión internacionalista si llegaba

el momento. Era también la época de las guerras de Angola y Etiopía. En su desespero por salir del horror que causa el hambre, el hacinamiento y el mal trato, muchos se anotaban en esos listados de supuesto internacionalismo, a pesar de que escapan hacia una libertad al costo seguro, si hubiese sido realidad, de sus propias vidas. Otros tantos sabían que iban a ser carne de cañón, pero lo preferían a vivir en las prisiones, que era un suplicio entonces y no deja de serlo hoy.

De mi propio recuerdo traigo cómo acaecieron los hechos para quienes por razones de imposición, audacia, inexperiencia, esperanza o miedo, tuvieron que partir a Estados Unidos dejando atrás a sus familiares sin conocimiento alguno de cuál sería su paradero en lo adelante. Todavía hay quien no sabe de algunos que nunca más han vuelto.

Geraldo López Madan (Kiki) fue arrancado de su casa y llevado al exilio al mes de haber cumplido en la prisión su deuda con la sociedad y creerse capacitado para reintegrarse. Por orden explícita del Jefe de Sector (local) de la Policía Nacional Revolucionaria (PNR), se presentaron en su hogar (Calle San José, entre Gervasio y Belascoain, Centro Habana) y amenazaron con la máxima de abandonar el país o lo desaparecían. Él sabía de la penetración en las embajadas, no tenía interés alguno por abandonar su país y su familia marchando al exilio, pero las autoridades lo forzaron con volverlo a sancionar al modo que entendieran.

López Madan, después de más de 10 años entre prisiones y una vida atroz en territorio norteamericano, después de una juventud arrebatada, es hoy un excluible (devuelto a Cuba por el gobierno norteamericano) privado de gran parte de sus derechos ciudadanos. Vive con el estigma de su vida truncada y deshecha por la imposición de alguien que determinó su destierro. Es un discriminado más dentro de una sociedad que lo privó de rectificar y ser uno más en ella.

El 6 de mayo del año 1980 tuvo que despedirse a hurtadillas de los pocos familiares que pudieron conocer del caso. A escondidas partió con destino incierto y un temor más grande que su propia vida, pues las hordas vigilantes se apiñaban alrededor de todas las casas para apedrear y gritar los más terribles improperios, atemorizando a los familiares que quedaban en los hogares con las fachadas manchadas de huevos y derruidas por los ataques.

Con muy poca documentación se presentó en una estación de la PNR en Marianao y expresó que quería irse para Estados Unidos. Fue obligado a esta expatriación, para la cual no estaba preparado, y le fue negado el sagrado derecho de hacer lo que entendiera con su libertad. Otra vez comenzó, en otras tierras, la pena de prisión. Fue separado por la fuerza de su pequeño hijo, que tuvo que criarse con el estigma del padre ausente.

Hoy Geraldo López Madan es uno más en las esquinas de su barrio habanero y se cuenta entre los tantos padres que se culpan de la educación que no pudieron entregar a sus hijos. Hoy Geraldo López Madan sufre el reciente asesinato de su hijo, al que no pudo criar y que tal vez las anécdotas que escuchó del padre ausente empujaron a una conducta no acorde con los parámetros sociales.

El destierro, por obra y gracia del máximo líder, tornó dura y triste la vida de tantos hombres y mujeres arrancados de las prisiones y de los hospitales psiquiátricos. Esto constituye una mancha imborrable y dolorosa en el alma de la nación y en la imagen de un poder que se escuda en su discurso demagógico para pisotear los derechos y valores humanos en beneficio de sus más mezquinos intereses.

Sin desagravio, con toda impunidad, las autoridades cubanas ignoran tres décadas después cuantos hombres y mujeres sufren lo que han optado por nombrar un error de la revolución.